

ció en rehenes á su hijo además de las plazas que habia ya entregado.

Marcharon luego todos juntos á Beziers. Los moradores de aquella ciudad, abandonada al maniqueismo, se habian hecho odiosos por sus rapiñas, por sus asesinatos y por todos los delitos que eran las consecuencias de su horrible doctrina. Inspiraba sobre todo la mayor indignacion el asesinato de Raimundo Trincavel su vizconde, á quien hicieron pedazos en la iglesia de la Magdalena, despues de haber quebrantado los dientes á su obispo que se esforzaba en disuadirles. Comenzaron requiriéndoles que entregasen cierto número de hereges, cuya lista remitian, y que eran al parecer los principales autores de su perversion. No solo se negaron con insolencia, sino que adelantándose algunos de ellos antes de ser acometidos, hicieron caer sobre los cruzados un diluvio de flechas. Llenos de furor los soldados católicos, aguardaban con impaciencia las órdenes de sus gefes; y en el interin los criados del ejército, sin observar disciplina alguna é ignorándolo sus amos, se acercaron á las murallas, y tomaron la plaza por asalto. Pasaron á cuchillo á todos los habitantes, y pusieron fuego á la ciudad. Era dia de la Magdalena, y en la iglesia que la estaba dedicada mataron hasta siete mil personas que en ella se habian refugiado, circunstancias que fueron realzadas como una señal de la divina venganza, tanto por la muerte del vizconde Trincavel, como por las blasfemias de aquellos sectarios impuros, particularmente contra la

brillante santidad de esta amante de Jesucristo. Los cruzados marcharon luego á Carcasona, que habrian podido tomar fácilmente por asalto: mas la suerte que Beziers acababa de experimentar, les causaba todavía horror. Admitieron una composicion reducida á que los habitantes de aquella ciudad lo abandonarían todo, y saldrían en camisa.

11. Celebraron luego un consejo para determinar á quien establecerian señor y conservador de estas conquistas. El desinterés que manifestaron los principales señores, dió á entender que no era el espíritu de ambicion el que los conducia. El conde de Nevers y el duque de Borgoña lo rehusaron absoluta y constantemente; y no bastando las mas vivas instancias para que al fin lo aceptase Simon de Montforte, fue necesario que los legados se lo mandasen por autoridad de la Sede apostólica.

Ya observamos en la espedicion de Zara en la Dalmacia, el gran respeto que tenia á las órdenes del Vicario de Jesucristo este héroe piadoso, á quien no impedia el tumulto de las armas oír misa todos los dias, rezar el oficio divino, y observar inviolablemente los ayunos de la Iglesia. Honraba su fe y su piedad con sus costumbres muy puras y virtudes sólidas, con una modestia y humildad tan extraordinaria, que á pesar de la superioridad de su mérito, se atemorizaba de su insuficiencia, y se creía muy inferior á su destino. Su valor no obstante era único y tan terrible en los combates, que con solo el movimiento de su sable huían todos sus enemigos: era

calles y plazas públicas se decían misteriosamente unos á otros que el Rey estaba escomulgado (1). Hallándose Godefrido, archidiacono de Norwic en Westminster para negocios de su iglesia, dijo un dia á los que le acompañaban que no estaban seguros los beneficiados permaneciendo al servicio de un Príncipe herido de anatéma. La proposicion fue denunciada al violento Monarca: hizo prender al archidiacono, le aprisionó, dejándole sin alimento, cargado de cadenas y revestido de una capa de plomo, cuyo peso junto con el hambre le quitó la vida en pocos dias. La crueldad natural de Juan Sin-tierra recibió todavía mayor estímulo con las insinuaciones de un aventurero, llamado Alejandro Masson, que se tenia por teólogo. Decía, y probó de un modo plausible lo que no era muy difícil, que los bienes temporales de los Príncipes y el gobierno de sus vasallos no pertenecian de modo alguno á la Cabeza de la Iglesia. Mas no cesaba de repetir que el Rey era el instrumento de la ira de Dios, establecido para gobernar el pueblo con vara de hierro.

Por mas agradable que se hiciese al Rey con esta máxima tiránica, tuvo Inocencio III bastante crédito en Inglaterra para hacerle despojar de un gran número de beneficios que habia adquirido por medio de sus intrigas, y reducirle á un estado de miseria en que se le vió mucho tiempo mendigar el pan de puerta en puerta.

En fin, el Papa Inocencio declaró á todos los va-

(1) *Matth. Pat. ann. 1209.*

sallos y súbditos del Rey de Inglaterra absueltos del juramento de fidelidad, y prohibió bajo pena de escomunion que persona alguna comunicase con él en cualquiera manera, ni aun en la mesa, ni por consejo, ni simplemente para hablarle. Pasó todavía mas adelante. De consejo de los cardenales y de otras personas graves, pronunció sentencia espresando, que el Rey de Inglaterra fuese depuesto del trono, y que á instancia del Sumo Pontífice se le diese un sucesor mas digno de reinar. En su consecuencia, escribió Inocencio á Felipe Augusto que se encargase de esta empresa para obtener la remision de sus pecados, y á fin de que él y sus sucesores, despues de haber destronado al Rey Juan, poseyesen perpétuamente el reino de Inglaterra. Escribió tambien una carta circular á todos los señores, caballeros y hombres de guerra de diversas naciones, que no se detuviesen en cruzarse para deponer al Rey de Inglaterra, y vengar la injuria de la Iglesia universal, bajo la conducta del Rey de Francia. Añadia, que cualquiera que concurriese con sus bienes ó en otra manera á la destruccion de este Rey perverso, recibiria de la Iglesia la misma proteccion que aquellos que visitaban el santo sepulcro.

13. La tempestad que se formaba de este modo sobre la cabeza del Rey Juan, debia tener las consecuencias mas funestas. Conferíanse los derechos y la potestad de la Iglesia á Felipe Augusto, enemigo ya bastante temible y que tenia por su parte derechos muy plausibles para hacerlos valer contra el Rey

de Inglaterra. El Príncipe Godefrido, hermano mayor del Rey Juan, muerto en el año de 1186, dejó á su esposa en cinta de un hijo que fue llamado Artus, y á quien el Anjou, el Maine y la Turena reconocieron por su Señor. Su madre Constanza le procuró desde luego la proteccion del Rey Augusto, y le puso en sus manos á la edad de doce años. Pero habiendo encontrado el Rey Juan su tio medio de apoderarse de su persona, despues de haberle tenido algun tiempo encerrado en Ruan, le hizo pasar de la prision á una barca, donde le mató con sus propias manos, y arrojó su cuerpo al Sena. Felipe Augusto hizo citar á Juan como á su vasallo para responder de este crimen en la corte de París, y negándose á comparecer, la corte con voto unánime confiscó á beneficio del Rey Felipe todo cuanto poseía el Rey Juan de este lado del mar. Entró inmediatamente el Monarca francés en Aquitania y despues en Normandía, para egecutar la sentencia con las armas en la mano, é hizo muchas conquistas.

14. El Papa Inocencio emprendió entonces restablecer la paz entre los dos Reyes, siguiendo un camino incierto, porque es difícil fijarle no gobernándose por los verdaderos principios. Adoptó cierto tono de imperio, que el Monarca y los señores franceses miraron como poco decoroso á una potestad que no debe entrometerse en el gobierno político: mas la mudanza de circunstancias hizo tambien á Inocencio mudar de disposiciones, y para activar de nuevo la expedicion de Felipe Augusto, le envio á Pandolfo,

subdiácono de la iglesia romana. El Rey de Francia se veía escitado por otra parte de una multitud de señores ingleses, que solo aspiraban á verse libres del yugo tiránico del Rey Juan. Este Príncipe desatinado, cruel, avaro, disoluto, se hizo al fin insupportable, no solo á los eclesiásticos de su reino, sino tambien á la nobleza, á las ciudades, á las campiñas y á todos sus pueblos. Violentó á muchas mugeres y jóvenes de distincion, redujo con sus estorsiones á la mayor indigencia á una multitud de familias honradas, y desterró á innumerables sugetos irrepreensibles, á fin de apoderarse de sus bienes.

Los obispos arrojados de Inglaterra, de donde llevaron sus quejas á Roma, ordenaron á la vuelta al Rey Felipe, de parte del Papa, que entrase con mano armada en la gran Bretaña, destronase al tirano, y pusiese en su lugar un Príncipe digno de reinar. Felipe, que solo aguardaba la ocasion, mandó bajo la pena de incurrir en la culpa de rebellion á todos sus vasallos que viniesen á juntarse con él en Ruan, de la cual ya se habia hecho dueño, é hizo equipar una flota cargada de toda especie de municiones.

Entretanto el legado Pandolfo pasó á Inglaterra, y encontró al Rey Juan en Dowres. A su partida de Roma le dió el Papa con mucho secreto un proyecto de reconciliacion para este Príncipe, en caso que resolviera someterse á las órdenes de la santa Sede. Pandolfo aprovechándose del terror, que no podian esterminar de una alma tan criminal sesenta mil hombres de buenas tropas y una armada superior á la

activo, emprendedor, firme en sus designios y consiguiente en sus miras: su destreza en los ejercicios militares era incomparable, su temperamento robusto, el talle alto, bien formado, y por la afabilidad de su trato no menos que por la facilidad en explicarse, era igualmente propio para conciliarse el respeto de sus nuevos vasallos que para conservar la estimacion de los señores sobre los cuales se le habia elevado. Si en la carrera de sus hazañas se hallan muchos hechos de una severidad asombrosa, conviene tener presente la cualidad de los monstruos, de cuya infeccion creyó no poder purgar de otra suerte las provincias, ó á lo menos las costumbres y preocupaciones de su siglo.

12. Por las consecuencias abusivas de los mismos principios, conmovió el Papa Inocencio los fundamentos de un poder que ofrecia á sus empresas prestos mucho menos plausibles que los que daban la conducta de los albigenses y de sus fautores. Toda Inglaterra quedó entredicha; el Rey Juan escomulgado y depuesto de la corona, á que se siguieron los desórdenes y desgracias inseparables de estas revoluciones, y todo por una causa la menos proporcionada á este trastorno enorme, cual fue la eleccion de un obispo. Nombraron á un mismo tiempo para la silla de Cantorberi al superior del clero monástico de esta Iglesia, y al obispo de Norwic. El caso llegó á Roma, y ambas elecciones, á la verdad poco regular una y otra, fueron igualmente anuladas. Propuso luego el Papa para este arzobispado al car-

denal Estévan de Langton, que fue elegido en Roma por los monges diputados de Cantorberi, contra la voluntad del Rey declarada por el obispo de Norwic (1). Estévan era natural de Inglaterra y de un verdadero mérito; pero habia estudiado en París, de cuya catedral fue doctor, canónigo y cancelario de la universidad. Ya fuese esta la razon que le hizo muy odioso á Juan Sin-tierra, enemigo declarado de todo lo que decia relacion con Francia, ya la afrenta que creía este Príncipe haber recibido en la persona del obispo de Norwic, Juan descargó el primer peso de su resentimiento sobre los monges de Cantorberi con toda la violencia de que era capaz.

Escribió luego al Papa en estilo agrio y picante, que no podia recobrase de la sorpresa que le habia causado el ver al Pontífice y á toda la corte romana olvidados al parecer de lo útil que les era su amistad: que sacaban mas beneficio de su reino que de todos los otros estados cisalpinos: que si la eleccion del obispo de Norwic no era ratificada en Roma, impediria á sus vasallos llevar las riquezas que él necesitaba para rechazar á sus enemigos que allí eran protegidos, y que la Inglaterra se abstendria de ir á buscar entre los estrangeros tan mal dispuestos en su favor, la justicia y las luces que podria hallar en sus propios prelados.

El Papa Inocencio respondió al Rey con bastante moderacion; se justificó acerca de no haber esperado el consentimiento de este Príncipe para la eleccion

(1) *Matth. Par. ann. 1206. Gest. Innoc. III. n. 131.*

del cardenal Estévan , y pretendió haberle pedido suficientemente. Sin embargo, añade, de que no estaba en uso aguardarle para las elecciones que se hacen en la corte romana. Concluyó exhortando al Rey que no resistiese al Señor, y no reprodujese las costumbres fatales, á las que los Reyes su padre y su hermano habian renunciado. Mas Inocencio escribió en seguida á los obispos de Londres, de Worcester y de Elí previniéndoles que si despues de sus representaciones no recibiese el Rey al arzobispo Estévan, pusiesen en toda Inglaterra un entredicho general de todas las funciones eclesiásticas, escepto del bautismo para los niños y la penitencia para los moribundos. Esta carta amenaza todavía al Rey con mayores penas en caso de no triunfar de su resistencia.

Los tres obispos, obedeciendo á las órdenes del Papa, se presentaron al Rey, y le suplicaron con lágrimas en los ojos que asegurase su autoridad y su salvacion previniendo el entredicho. El Rey les interrumpió con furor, dijo mil injurias contra el Papa y los cardenales; y en términos de blasfemia que le eran familiares, juró que si alguno de sus obispos osaba publicar el entredicho, le enviaría á Roma con todos los demás prelados y su clero, despues de haberles despojado de todas sus posesiones: que haría sacar los ojos y cortar la nariz á todos los romanos que se hallasen en sus estados, y añadió: *¡ojala pudiese hacer distinguir de las demás naciones con esta señal de infamia á todo el resto de*

*ese pueblo detestable.* En fin previno á los tres obispos que se alejasen prontamente de su presencia, si querian asegurar sus vidas.

Retiráronse con efecto los tres prelados, mas no les impidió el temor cumplir con su comision: el lunes de Pasion que cayó este año en 24 de Marzo, pusieron entredicho en toda Inglaterra, y salieron cuanto antes del reino para substraerse del furor del Rey. El entredicho fue observado puntualmente y sin ninguna escepcion, no obstante todos los privilegios, segun las órdenes del Papa: de suerte que llevaban los muertos de las ciudades y de las aldeas sin sacerdotes y sin rezo alguno, á manera de cadáveres de animales, y los arrojaban en cualquier hoyo donde los cubrian precipitadamente de tierra. Los clamores generales de los pueblos no tardaron en hacer temblar al inconsiderado Monarca. Envió legados al Papa, é hizo todas las promesas que creyó podrian sacarle del embarazo en que se hallaba, porque le costaban poco en tales circunstancias. Pero tan temerario en la esperanza como débil y cobarde en el peligro, y así en el bien como en el mal siempre incapáz de consistencia, dilató mucho la negociacion, se abandonó por intervalos á las fogosidades de su resentimiento, y al fin rompió de un golpe.

Al cabo de dos años, el Papa escomulgó al Rey de Inglaterra: mas no se halló en toda la estension de este Reino un solo obispo que se atreviese á publicar la censura. No obstante, en poco tiempo llegó á noticia de todos sus vasallos, los cuales en las